comienzan a bajar, las fábricas producen menos, hay más desocupados en las calles, el dinero recibe menos intereses, la producción se tira a la basura; hay hambre en medio de la abundancia y desempleo aunque haya mucho por hacer. Así, de escalón en escalón, parece que la economía suda la gordura de una época próspera y cuando toca un fondo impreciso comienza la reconversión a la prosperidad.

Como regla sencilla se llegó a creer que la estabilidad económica y la falta de inyecciones monetarias provocaban desempleo y que, al contrario, el endeudamiento público y privado provocarían nuevos empleos pero a la vez carestía e inflación permanente. Por tanto el menú que se ofrecía a las naciones era de dos sopas: Inflación o desempleo; déficit del gobierno o aumento de la desocupación.

La plaga cíclica de la recesión se presenta en Europa desde 1822 en grandes periodos recurrentes que duran entre 20 y 30 años. El ciclo depresivo de 1896 fue conocido como "la gran depresión"; hubo gran desempleo acompañado de cuantiosas inversiones, es decir, resultó desde entonces ajeno a las explicaciones y alternativas ortodoxas.

En 1890 hay una nueva contracción que afecta a Rusia, a los norteamericanos y a los europeos. En 1907 hay otra crisis y una más en 1909 ("Pero por Dios, ¿qué pasa aquí?", se preguntaba el mundo consternado); esta última se resolvió con la primera lluvia de fuego sobre Europa, la primera guerra mundial, que fue una gran consumidora de productos, de servicios y de hombres.

Al declararse la tregua de 1918 con el nombre de Paz de Versalles, viene una corta etapa de prosperidad, *The roaring twenties* (los rugientes años veinte) en los que norteamericanos y europeos (igual que los enlo-

quecidos mexicanos de hoy en día) esperan hacerse inmensamente ricos con la especulación de la Bolsa; presienten que el paraíso está a la vuelta de la esquina y están seguros de que el país puede enriquecerse sin aumentar la producción. Hay muchos que viven sin trabajar y sienten que la Bolsa de Valores es el tonel de oro al final del Arco Iris.

En marzo de 1928 hay una contracción en la Bolsa de Nueva York igual que la de México en 1987. En 1929 hay un derrumbe en febrero y otro en marzo y todos esperan que sea el último. El país norteamericano siente las cotizaciones como algo personal, Radio Red pasa reportes cada hora... Los comentaristas financieros florecen como hongos... (Perdón, me equivoqué de localidad. Esto ocurre en el México de 1992). El gobierno norteamericano, con el presidente Hoover al frente, sostiene que no debe intervenir en el libre juego de las finanzas. Las cosas empeoran hasta que en octubre, ante miles de gentes que fueron a la Bolsa a ver qué pasaba, ocurrió el *jueves negro* en el que el precio de las acciones no se derrumbó, como suelen decir los cronistas, al contrario, tomó su nivel real: no valían nada. Como resultado del desplome todos quieren soltar los papeles y mientras más venden más caen. Para enero de 1930 todas las acciones habían perdido el 70 por ciento de su precio.

Tras la crisis de la Bolsa vino "la gran depresión". Primero la hecatombe de los ricos, después la de los pobres. Se inicia un espectáculo de locura mundial: En Brasil hacen ladrillos con café y en Holanda toman café que sabe a ladrillos; en Bélgica pavimentan calles agregando carne de cerdo molida; en Estados Unidos se roeían de petróleo y se quemaban miles de toneladas de manzanas; las fábricas y los comercios cierran, el ham-

bre se impone en medio de la abundancia. El exceso de dinero bursátil hizo reventar la economía y después no había dinero para nada. "Una historia de locos —dice Joseph Floet— que uno se avergüenza en recordar". Y yo creo que por eso nadie quiere recordarlo, y menos ahora que en Estados Unidos hay síntomas de recesión y aquí indicios de locura especulativa.

Aquella depresión terca no reaccionaba ante los estímulos clásicos, por eso en 1930 la endeble Sociedad de Naciones —no reconocida por los Estados Unidos— pidió a un grupo de economistas "un estudio analítico sobre el problema del retorno periódico de fases de depresión", dirigido por un hombre prominente, hoy olvidado, que recogió opiniones durante siete años y editó un libro recibido con envidia y vergüenza, en el que señala filosóficamente:

La impotencia de la sociedad para actuar sobre su destino puede provenir de una de estas causas:

O bien en la sucesión de acontecimientos las relaciones de causa a efecto no se han podido determinar... o bien la verdad se conoce y se admite... entonces las crisis son consecuencia inevitable del sistema económico actual; como las hambrunas eran el producto inevitable de una economía primitiva...¹

No viene al caso desmenuzar todas las hipótesis y recomendaciones hechas por los economistas de entonces y ahora. Lo cierto es que ayer como hoy en la atonía económica norteamericana, en la francesa o británica, los enterados siguen hurgando causas y apuntando ocurrencias curativas.

¹Gottfried Von Haverler, *Prosperité et Dépression. Étude Théorique des Cycles Économiques*, Sociedad de las Naciones, Génova, 1937.

Respecto a la recesión de los noventa en Estados Unidos esos enterados nos dicen que durante los ocho años de gobierno de Reagan los norteamericanos dejaron de invertir en investigación industrial y perdieron competitividad ante los japoneses, que han invadido sus mercados en forma vengativa, según algún empresario, "para cobrarse la derrota de la guerra pasada".

Los años de prosperidad de Reagan, dicen otros, se lograron a base de un aumento del déficit del gobierno. Hicieron todo lo contrario de lo que el Fondo Monetario está imponiendo rudamente a los países subdesarrollados. Fue como si los norteamericanos hubieran aplicado, a nivel mundial, aquel viejo adagio: "*Do as I say, not as I do*" (haz como yo te digo, no como yo hago).

Durante esos ocho años prósperos los consumidores privados también se endeudaron más allá de sus posibilidades sensatas de gasto:

Estados Unidos parece atrapado en un círculo vicioso porque el lento crecimiento del ingreso en las últimas dos décadas ha hecho a las familias ahorrar menos y endeudarse más en un esfuerzo desesperado de mantener el nivel de vida. El resultado es que un bajo índice de ahorros hace difícil elevar el nivel de vida... Los ahorros netos por familia en Japón en 1990 fueron del 14.3 por ciento del Producto Interno Bruto y en Alemania del 13.9 por ciento. Ambos hacen ver muy pequeño el 4.7 por ciento de los Estados Unidos... Esto explica en gran medida el porqué en los últimos años la inversión de Japón y de Alemania, como porcentaje del PIB y el crecimiento de la productividad, ha excedido en mucho a la de los Estados Unidos.²

²Steven Greenhouse, *The New York Times*, 12-11-92.

Hoy por hoy, los norteamericanos no pueden aplicar las medidas del presidente Franklin D. Roosevelt, quien para tratar de superar la recesión prolongada de los años treinta dijo desde una silla de ruedas a sus colaboradores:

—¡Hay que comprar!

—¿Comprar qué? —le preguntaron.

—Cualquier cosa, pero hay que comprar.

La solución que buscaba ante el exceso de producción y la caída de la demanda era otorgar más poder de compra a los obreros. Para ello creó la National Recovery Administration que, según sus críticos, puso “unos peones a hacer pozos y otros a taparlos”. Así logró que el nivel de vida no se hundiera más.

Actualmente el gobierno norteamericano no puede tomar esas medidas keynesianas, inyectoras de poder de compra entre los pobres, ni financiamientos anticíclicos, porque ha agotado sus recursos de acción.

A pesar de esfuerzos repetidos y de compromisos internacionales, el déficit anual del Presupuesto (norteamericano) continúa creciendo en un monto de 140 mil millones de dólares anuales. El actual déficit acumulado (en 1991) es ahora una deuda doméstica de casi 3 billones (tres millones de millones de dólares) elevado a esa cantidad a partir de unos 800 mil millones que era en 1981. El monto de los intereses de esta deuda es ahora una partida muy importante en el Presupuesto y éstos son afectados por cambios en las tasas de interés. En paralelo con el crecimiento de la deuda nacional, el endeudamiento también ha aumentado en otros sectores de la economía; a saber: familias, negocios y bancos. Las deudas de negocios son un 30 por ciento mayor que lo normal, en relación con el PIB; mientras que algunos grandes bancos están descubiertos por cau-

sas de deudas del tercer mundo y compras de subsidiarias.³

Este análisis pesimista muestra que el gobierno no puede inyectar dinero a la demanda estadounidense porque el aumento del déficit sería catastrófico para la deuda interna. Por otro lado, los mismos autores señalan algo más grave al hablar de la deuda externa:

En un periodo de unos cuantos años, los Estados Unidos han dejado de ser el más grande acreedor del mundo y se han convertido, al contrario, en el mayor deudor del mundo. El déficit —comercial— en cuenta corriente está siendo de 120 mil millones anuales y la deuda exterior acumulada es aproximadamente de 500 mil millones de dólares y sigue subiendo... Es hoy cada vez más reconocido que el déficit comercial es principalmente el resultado del exceso de consumo norteamericano financiado con créditos externos...⁴

Como quien dice: ¡Igualito a lo que está pasando en México en estos tres años gozadores!

En el ya citado Mensaje sobre el Estado de la Nación, en enero de 1992, el presidente Bush hizo propuestas que, según sus críticos, tienen poco que ver con la recesión ya que la medida principal —la de recortar impuestos a las ganancias de capital— si llegara a dar resultados aumentará aún más la oferta pero no la demanda, que es lo que hace falta ante el exceso de inventarios y la caída de los mercados.

El programa de ocho pasos del presidente Bush, dicen sus enemigos, debiera haber sido el de su primer informe, no el del último:

³Informe del Club de Roma, 1991.

1) El comercio exterior; 2) un programa para la Nueva Escuela Norteamericana; 3) otorgar un crédito fiscal permanente para investigación y desarrollo en las empresas; 4) emprender una campaña contra el crimen y las drogas; 5) un programa para que los negocios se establezcan dentro de las ciudades y no en periferias; 6) reformar el sistema de atención médica; 7) controlar aún más fuertemente el presupuesto y 8) crear una Comisión para las Familias Urbanas Norteamericanas, reconociendo que la causa principal de los problemas es la disolución familiar.

Como hemos dicho, el que debe preocupar al obrero mexicano es el primero, el del comercio, porque en ése viene la amenaza sobre nuestros empleos. En vista de que no puede crear una nueva demanda con mayor déficit, busca desesperadamente aumentar el mercado norteamericano abriendo los mercados de otros países, principalmente Japón, la Comunidad Europea y nuestro raquíto mercado mexicano.

Respecto a Japón, Bush hizo a principios de enero de 1992 un viaje acompañado con empresarios agresivos que buscaban abrir el mercado japonés y se encontraron con respuestas violentas: "Si los japoneses no compran lo norteamericano es porque los productos son de mala calidad", porque "la mayoría de los obreros son flojos y una gran parte de ellos son analfabetos funcionales". El presidente Bush, según la prensa nipona, "vino como un agente de ventas de empresas automovilísticas".

Resulta muy peligroso para el mentado nuevo orden mundial —que tanto aplauden aquí los indianos entreguistas— que la nación más poderosa del globo se sienta agredida por los subsidios que cualquier otra nación brinda a sus obreros o a sus campesinos. Parece que el

Destino Manifiesto ya no es solamente que América sea para los americanos, ahora quieren que todo el mundo lo sea. "Cambiamos América, cambiaremos el mundo". Tras la pretensión de Bush hay una insolencia que desdeña la tradición libertaria de ese gran pueblo.

A pesar de este panorama hay quienes piensan que una contracción, un estancamiento, de la economía norteamericana no nos afectará gravemente; sin embargo, en 1930 cuando las dos economías no estaban tan entrelazadas, el efecto de la recesión causó estragos en la economía mexicana y cambios permanentes en nuestra política.

Al principio no nos dimos por enterados del *jueves negro*, pues la crónica mensual *Examen de la situación económica* del Banco Nacional de México (en noviembre de 1929) se felicita diciendo:

En los centros financieros domina el optimismo acerca del porvenir del país, fundándose en la forma en que se han desenvuelto las elecciones.

Elecciones que ganó un ilustre desconocido, Pascual Ortiz Rubio, a quien Plutarco Elías Calles mandó traer de Brasil donde era embajador, logrando así un mal gobernante para un mal momento.

Se pensaba que la contracción norteamericana no nos afectaría profundamente. No le dieron importancia porque creyeron que sería muy breve y que teníamos anticuerpos para evitar el contagio:

Esto no nos afectará pues nosotros contamos sin embargo con algunas ventajas, aun cuando se deriven de nuestra propia desgracia, para hacer frente a la crisis con fuerzas de resistencia que equivalen a los recursos

de países opulentos: la frugalidad de nuestras masas proletarias y el valor efectivo de la estabilidad de la paz.⁵

En esa idea no estaban solos porque el editorial de un diario registra:

Un hombre de negocios declaró que la pobreza del país es un aislante de los efectos de la crisis económica mundial... (eso hace posible que México) se mantenga al margen de las consecuencias funestas de la desenfrenada especulación a que ha venido entregándose últimamente el pueblo más rico de la tierra.⁶

La lógica de aquel entonces era muy sencilla, no podíamos enflacar porque estábamos flacos; ni perderíamos empleos porque no los teníamos. No obstante, a medida que se prolongó la depresión los efectos fueron amargos.

En 1930 el secretario de Agricultura dice, según el informe Banamex, que "pronto se pondrán en práctica medidas y sistemas para que de una vez por todas se resuelva la ya vieja crisis de la agricultura".

En 1931, según Banamex:

La industria manufacturera ha entrado en un nivel (de producción) más bajo, como lo demanda la situación... Sin embargo ciertos sectores de la industria están pasando por una época difícil debido a la baja capacidad para comprar de la población, que ha sido el fenómeno característico de nuestras crisis... El comercio registra una aguda lentitud de las ventas. El consumo decae por la disminución del poder de compra y por los precios

⁵Examen de la situación económica, Banamex, 20-IX-29.

⁶El Universal, 1-XI-29.

relativamente altos... Hay poco capital financiero. Los préstamos se tornan difíciles; el interés resulta muy elevado para el comercio y prohibitivo para la industria... En algunos casos se ha suspendido el salario por los paros forzados de las empresas... Conforme a las estadísticas, México tiene un 4.2 por ciento de trabajadores cesantes sobre una base de 5.7 millones de hombres ocupados.

Hay un dato muy singular respecto al juego modernísimo de la oferta y la demanda:

Los obreros de las minas se ofrecen como labriegos para las labores del campo a un precio menor que el que estaban ganando los labriegos... Se nos asegura que entre las causas que más han influido en aumentar el número de la gente sin ocupación figura el éxodo de obreros mexicanos procedentes de los Estados Unidos...

En 1932 la crisis se hace mexicana. Hablando del petróleo crudo, dice el reporte mensual de Banamex:

Los precios del aceite, en efecto, han bajado extraordinariamente, en ocasiones a límites inverosímiles. En julio se cotizó en Arkansas, Texas y Nuevo México a 10 centésimas de dólar el barril y aun se dio el caso de que se vendiera en Texas, a boca de pozo, a dos y medio centavos de dólar.

Y lo mismo ocurrió en México. Ante la baja de exportaciones y de los precios del petróleo, vino la baja recaudación del gobierno que tuvo que reducir los sueldos de la burocracia. Las quejas se dejaron oír inmediatamente pero no, como se supondría, por los mismos burocratas sino del comercio organizado que veía en esto una reducción de sus ventas.

Ante esa situación el gobierno de México —como el de Estados Unidos— cambió de política liberal a una política intervencionista:

La Secretaría de Economía Nacional, aparte de la experiencia que la situación crítica del país le estaba enseñando, aprendió de la experiencia de los Estados Unidos con motivo de la expedición del Código de Competencia Leal. Asumió la necesidad de irse olvidando del régimen de libre competencia que había sido la base de las actividades mercantiles hasta ese momento porque éste se volvió contrario... Algunos ramos de negocios comerciales eran amenazados de quiebra a causa de la desenfrenada competencia.⁷

En 1931, según otro autor, el gobierno

celebró una reunión con delegados de Estados Unidos entre cuyos acuerdos estaban la terminación de la carretera a Laredo (y) hacer que los agentes de ventas y jefes de sucursales norteamericanos en México aprendieran español.

Este autor advierte, desde 1932, un fenómeno que después comprobó:

El solo decaimiento de los mercados extranjeros para las materias primas, causado por el subconsumo con que se inició la crisis en algunos países europeos, bastó para desequilibrar profundamente el sistema económico nacional.⁸

Otro escritor de aquel entonces recoge esa misma experiencia:

⁷Miguel Ángel Calderón, *El impacto de la crisis de 1929 en México*, SEP, 1982.

⁸Luis G. Franco, *Glosa del periodo*, Informe presidencial, 1932.

Ante la crisis se le presentaron al gobierno 3 caminos:

a) Abstención completa en las actividades comerciales e industriales, limitando su acción al sostenimiento de la ley y del orden y la administración de justicia.

b) Participación directa en las actividades económicas poseyendo y administrando industrias.

c) Regimentación y control de las industrias... Este último camino es una transacción de los dos primeros, la abstención absoluta es impracticable a pesar de la fuerza y constancia con que se ha defendido este sistema en el último cuarto de siglo... Así es que con más o menos variantes está adoptándose a gran prisa por todos los gobiernos del mundo. De las circunstancias de cada problema y de cada nación depende a los extremos a que se llegue en esta materia.⁹

Se creó la Nacional Financiera y los planes sexenales, así que la crisis determinó el viraje hacia un estatismo que se retroalimentó durante medio siglo hasta llegar a la ineficacia.

Aparte de todo eso, en los números fríos la recesión americana nos afectó al bajar la producción minera de 379 millones de pesos en 1929 a 285 millones en 1930, 207 millones en 1931 y 145 millones en 1932. Las exportaciones bajaron de 592 millones de pesos en 1929 a 300 millones en 1932. El Producto Interno Bruto bajó de 7 200 millones de pesos en 1929 a 4 500 en 1934. Si eso ocurrió en aquella economía de sector primario, imagínese lo que puede pasar en la actual economía bursátil y especuladora.

Hoy estamos en una situación más delicada; por una parte está el temor paralizante de muchos pequeños industriales ante la competencia norteamericana. Se

⁹Carlos Duplan, "La competencia desleal", *El Nacional*, 9-III-34.

han detenido inversiones a largo plazo y se hacen sólo aquellas que les permiten continuar la módica operación actual. Eso ha creado desempleo, lo mismo que las actividades de adelgazamiento del Estado y el descenso de las exportaciones debido a la contracción norteamericana. Un indicio del mayor desempleo es que durante noviembre y diciembre de 1991, así como enero de 1992 se detuvo en Tijuana a 55 mil mexicanos ilegales por mes, la cifra más alta desde 1986, según el procurador de Derechos Humanos de la zona.

Además, la fábrica de automóviles Ford de Hermosillo cerró sus puertas durante una semana en febrero del 92 dejando de producir —según dicen— 3 mil unidades y dejando de comprar muchos millones de pesos en refacciones. Ésta es la segunda vez que cierran en un año y, a medida que se haga más fuerte la contracción, mayor será el peligro de cierre prolongado.

Por todo lo antes expuesto me resulta absurdo que se apresure la firma del tratado para ligar nuestra economía, aparentemente dinámica, a una nación que crecerá menos de uno por ciento y cuyo presidente nos asigna el papel de compradores.

Si nuestra relación es un matrimonio de conveniencia, de mutuo interés, resulta absurdo casarnos con alguien que está sufriendo una parálisis progresiva. Si se tratara de un país latinoamericano con el cual nos liguen tradición, lengua, religión, color de piel y sones de guitarra admito que deberíamos ayudarlos a levantarse y correr el riesgo juntos.